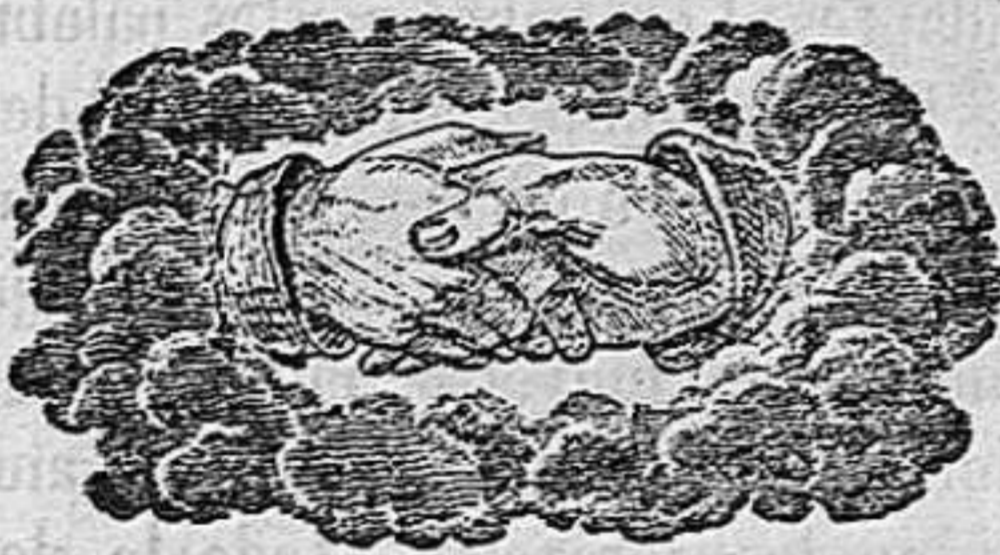


REVISTA LITERARIA

DEL AVISADOR CORDOBÉS.

PERIÓDICO SEMANAL.

Grátis para los señores suscritores al Avisador.



LOS DOS AMIGOS.

NOVELA ORIGINAL.

(CONCLUSION.)

Una noche acababan de separarse: Adolfo escribió á E rique que lo esperara en su tertulia, que al momento iria á buscarlo: asi sucedió, á los pocos instantes estaba en la puerta de la casa á donde concurría, pálido y consternado como la estatua del dolor, convencido de que su amigo lo habia abandonado por segunda vez, y delirante y ciego la amistad pura que le profesaba se habia convertido en un horroroso delirio que le hacia padecer terribles tormentos: no era ya el jóven que gozaba al lado de Enrique: no era la flor esvelta que se mece orgullosa arrullada por una brisa consoladora, no, era un hombre ofendido por aquel á quien adoraba mas en el mundo, era la tierna rosa que balanceaba en su tallo al impulso de los huracanes. Al entrar en aquella casa, donde tanto habia padecido, un hombre embozado casi hasta los ojos—¿su amigo de V. donde estará? le dijo. En el torvo semblante del que le habia hablado descubrió Adolfo un no sé qué de extraordinario que le hizo temblar y—no lo sé, contestó, ¿queriais verle?—Si, quiero verle para satisfacer mi venganza, quiero verle morir.—¿Os ha ultrajado?—Si, vil y cobardemente, yo amaba á una mujer, él me la ha arrebatado, y dentro de pocos dias unos lazos indisolubles la unirán á él para siempre; pero.... no será—¿qué decis, caballero, casarse Enrique, y con quién?

—Con Matilde.—Con Matilde!... pues bien, yo tomo á mi cargo esa satisfaccion, os batireis conmigo.—Con vos?—Y bien, rehusais?—Vos sois demasiado jóven todavía, yo quiero ver á vuestro amigo, su sangre tan solo podrá calmar mi desesperacion.—Os he dicho que os batireis conmigo. Adolfo acompañó estas palabras de uno de esos ultrajes que deben lavarse con sangre: era inútil cuanto se hablara: era preciso batirse.

A los pocos momentos dos tiros se dejaron escuchar, el hombre embozado habia dejado de existir. Adolfo levemente herido en un brazo volvió á la casa donde su amigo al lado de Matilde lo tenia olvidado; al verlo—¡por qué no me tocó sucumbir! exclamó en el exceso de la desesperacion y cayó desfallecido junto á aquellos tiernos amantes, que le prestaron cuantos auxilios necesitaba.

Ya habia vuelto Adolfo de su desmayo, y Enrique pálido y convulso con la escena que acababa de presenciar, y de la que se juzgaba la causa, se sentó estrechando entre sus manos las de su amigo que lo miraba con ardor, y en cuyas miradas habia una mezcla de amor y desesperacion que Enrique comprendió, y que le hacia padecer por el triste porvenir que presajaba: á los pocos momentos la voz de que Adolfo se habia batido por su amigo corrió de boca en boca, y este conoció entonces cuan mal le pagaba su amistad, pues él en tanto le estaba haciendo sufrir y preparándole mas y mas tristes escenas.

Salieron juntos los dos amigos, y al referirle Adolfo á Enrique su desafio, abundantes lágrimas rodaron por sus hermosos ojos: al decirle que le habian dado la noticia de que iba á casarse estrechó á su amigo contra su corazon y—respóndeme que es falso, le dijo, como esperando su contestacion de la que tal vez dependia su felicidad. Enrique no pudo resistir mas tiempo, le era imposible engañar al amigo que tanto lo adoraba y—te han dicho la verdad, le contestó: un rayo que hubiera caído á los pies de Adolfo no le hubiera causado una sensacion tan terrible: miraba de-

lirante á su amigo como pensando en que iba á perderlo para siempre.—Te lo he ocultado hasta ahora, dijo Enrique, pero no quiero engañarte mas tiempo.—Basta, basta, le replicó Adolfo.... tenemos que hablar.

A los pocos momentos los dos amigos se hallaban sentados en un sofá de la habitacion de Enrique, este estaba pálido y como temiendo que Adolfo le hiciese una esijencia que él no podia satisfacer; pero Adolfo temblaba como el reo que va á escuchar su sentencia, y fijando los ojos en su amigo—¿con qué no hay nada en el mundo, le dijo, que te pueda hacer abandonar á Matilde?—Nada, contestó Enrique, no bastan riquezas, ni honores, ni gloria; cuanto hay de grande en el universo, cuanto pueda concebir la imaginacion, quanto sentimientos de amor y de amistad existen en los corazones, todo lo desprecio por ella, y nada me puede hacer olvidarla, ni nada mas que ella puede hacerme feliz; pues bien, le dijo su amigo, un favor tengo que pedirte: en cambio te doy mi vida y cuanto haya grande para mí; quiero que mañana nos vayamos juntos á hacer un viaje de un mes, luego.... cástate con ella: tembló Enrique al oír la peticion de su amigo, porque era preciso ceder; algo se merecia el que habia espuesto su vida por salvarlo; y despues de largas discusiones resolvieron por fin partir al dia siguiente á las 10 de la mañana.

Adolfo se retiró á su casa y se encerró con el hombre á quien llamaba padre: su conversacion duró mas de tres horas, al cabo de las cuales se retiró cada uno á su habitacion y todo quedó tranquilo.

Habia llegado el dia de la partida de los dos amigos. Enrique muy temprano habia ido á darle un ádios á su Matilde y á noticiarla la causa de su viaje; pero faltaba un cuarto de hora para las 10 cuando un criado le anunció que una señora queria verlo: á una seña salió el criado y volvió acompañándola; al verla Enrique—¡Matilde!! exclamó ¡¡tu aquí!! aquella mujer se levantó el velo en el exceso de la desesperacion y—¡yo soy! le dijo.—¡Gran Dios! exclamó Enrique aterrado... tu, Adolfo, tu.... esplicame este misterio que no comprendo, dime que este es un sueño, un sueño horroroso, una pesadilla que me consume—no, no es un sueño, le dijo su amigo sollozando, todo lo sabrás... Enrique y Adela, que este era el nombre de Adolfo, se sentaron juntos y ella le esplicó detenidamente aquel misterio con la narracion de sus desgracias.

En efecto: la madre de Adela habia sido muy desgraciada porque su marido la habia hecho infeliz, y le dijo de rodillas en su lecho de muerte que un funesto presentimiento la hacia preveer que su hija iba á seguir la misma suerte, y que le suplicaba que la hiciese variar su nombre por el de Adolfo, y que abandonara su traje trocándolo hasta la edad de 19 años: así, le decia la madre, conocerá á esa edad suficiente temente el mundo y tal vez sea dichosa; el hombre que tanto le habia hecho padecer, conmovido por sus lágrimas, quiso recompensarle todos los males de que habia sido causa accediendo á sus deseos... allí sobre su lecho mortuario juró cumplirlos, y los cumplió: desde aquel momento apareció á su hija, que contaba solo cuatro años, como un encargado de su educacion y no mas: fijó su residencia á bastantes

leguas de distancia de aquella ciudad; y al principio por amenazas, luego por suplicas, y despues por que ella no se atrevia á faltar á sus deseos y su padre la tenia amenazada con abandonarla para siempre si se reveñaba antes de cumplir 19 años, edad que le habia fijado para concluir aquel misterio y saber su causa, logró cumplir lo que habia jurado; la noche anterior á el dia de la partida de los dos amigos Adela confió á su padre los secretos de su corazon, y este, accediendo á sus lágrimas, la permitió que se revelase.

Atónito escuchó Enrique la historia de Adolfo: un sueño le parecia cuanto pasaba por él, y sin embargo era la triste realidad: sumerjido en la multitud de pensamientos que lo abrumaban no acertaba á contestar á las infinitas preguntas que Adela le dirijia, pero rompiendo al fin el silencio emprendieron una larga conferencia, de la que nada se escuchaba, solo se le oyeron decir á Enrique estas palabras:—Y bien, Adela, Enrique se tendrá por muy feliz en casarse contigo, y si antes te llamaba su amigo, te llamará su esposa: las lágrimas de Enrique corrieron abundantes al pronunciar estas palabras, y aquellas lágrimas fueron comprendidas por Adela, que ¿no recuerdas, dijo, que no hace muchos dias «no bastan riquezas, ni honores, ni gloria, me dijiste: cuanto hay de grande en el universo, cuanto pueda concebir la imaginacion, quantos sentimientos de amor y amistad existen en los corazones, todo lo desprecio por ella y nada me puede hacer olvidarla, ni nada mas que ella puede hacerme feliz?»...

Una escena de silencio sucedió á estas palabras: encerraban las ilusiones del uno, y la desgracia de la otra, que las repitió estremeciéndose; al fin salieron de aquel letargo, y despues de una larga conversacion, en la que resolvieron separarse por siempre de Matilde, y en la que Enrique llorando, derramando esas lágrimas de despecho que brotan en medio del corazon y corren abrasando nuestras mejillas, prometió á Adela casarse con ella, Adela lo miró fijamente comprendiendo el sacrificio que iba á hacer por ella, y en el exceso de la desesperacion lo estrechó entre sus brazos repitiéndole varias veces «hasta despues»—«hasta despues» le dijo Enrique temblando, hasta despues, y al punto huiremos de ella para siempre y partiremos á donde nos lleve el destino. Los dos amigos se separaron, y Enrique desesperado se dejó caer en un sillón cada vez mas convencido de que no era Adela la mujer á quien él habia entregado las ilusiones de toda su vida.

Habia pasado una hora cuando vino á sacarlo de sus meditaciones una carta que le entregó su criado: estaba concebida en estos términos: «Separada de ti, que eres todo lo que amo en el mundo, no comprendo la felicidad, y si me uniera contigo la sombra de esa mujer á quien tanto amas me seguiria por todas partes sin dejarme gozar un momento. Enrique, el destino se ha lanzado entre nosotros oponiéndose á mi dicha.... respetémosle, hay otra vida mas larga, mas dichosa, en ella nos uniremos para siempre.... cuando hayas leído esta carta ya habré dejado de existir.... dos encargos tengo que hacerte, y es preciso que los cumplas: que te cases con Matilde, y derrames una

lágrima sobre la tumba de la desgraciada Adela.»
 Veloz como el rayo se dirige Enrique á la casa de su amigo.... pero fué tarde.... los presentimientos de la madre de Adela se habian realizado.... La infeliz Adela habia muerto victima de un destino incesorable.

Dos años despues paseaba Enrique del brazo por las calles de la ciudad con una linda jóven: era Matilde: un lazo santo los habia unido para siempre.

Todos los dias van juntos á llorar en la tumba de Adela: y sobre una palma y una corona de rosas blancas, que se mecen al blando murmullo del viento, han colocado una siempreviva, signo de eterna memoria consagrado á la inocencia y á la desgracia.

I. GARCIA A. DE L.



EL PECADOR EN SU ÚLTIMA HORA.

PLEGARIA DE LA AGONIA.

*De ese mundo engaador
 solo las leyes cumpli;
 mas tu eres grande, Señor,
 y habrá piedad para mí.*

GLOSA.

Fragil nave á la inclemencia
 del hondo mar entregada,
 por sus olas atacada
 pasó mi triste existencia;
 vanamente en mi demencia
 busqué el puerto salvador....
 vanamente del amor
 busqué las tiernas caricias....
 mentira son las delicias
 de ese mundo engaador.

Sin porvenir, sin ventura,
 mis horas se deslizaron,
 y nuevas horas llegaron
 sin alivio á mi amargura;
 frenético en mi locura,
 aunque otro mundo creí,
 su existencia desmenti,
 y de ese hipócrita mundo
 origen del mal fecundo
 solo las leyes cumpli.

Ardió en mi pecho un volcan
 con fuego voraz, eterno,
 con el fuego del infierno,
 sin calma en su horrible afan,
 sus negras llamas están
 consumiéndome en su ardor;
 tiende un brazo protector,
 apiádate, Dios mio,
 el fuego aguarda el impio,
 mas tu eres grande, Señor.

Ay! nunca tendí la mano
 al que mi amparo pedia,
 al mísero escarnecia,
 y era el mísero mi hermano....
 clemencia, Dios soberano!
 tu santa ley no seguí,
 es verdad que te ofendí,
 mas bañado en triste lloro
 tu sagrado nombre imploro,
 y habrá piedad para mí.



CANTO

Del Hebreo á Jesus.

Hosanna, hosanna al hijo del Eterno,
 Hebreos, presurosos acudid,
 Es Jesus el profeta de la tierra,
 Glorioso descendiente de David.

Osténtese, Ismaelitas, en su frente
 La diadema del rico Salomon,
 Y pendiendo sus hombros esplendente
 La púrpura brillante de Sidon.
 La palma del desierto, que orgullosa
 No se dobla al rujir del Aquilon,
 Arranque nuestra mano presurosa:
 Arco triunfal reciba al vencedor.

Hosanna, hosanna &c.

Jerusalen, ostenta tu riqueza,
 Cércale de tu encanto celestial,
 Suyos son tu poder y tu grandeza,
 Es el hijo querido de Jehová.

El impera los mundos con su acento,
 De Dios la fuerza en su derecha vá,
 A su voz enmudece el rauda viento,
 Torna en calma la negra tempestad.

Hosanna, hosanna &c.

Escuche nuestro canto lisonjero,
Los sonos del armónico laud,
Sus perfumes escalse el pebetero,
Subiendo en ondas al etéreo azul,
Nos darán sus inciensos olorosos
El Libano, Bethel, Lamech y Nun;
Nuestros hijos en cánticos graciosos
Celebrarán las glorias de Jesus.

Hosanna, hosanna &c.

Venid, hermosas, el profeta santo
Benedicirá los hijos de Jacob.
Venid, mostradle bellas el encanto,
Que luce en vuestro rostro seductor.

Venid, guerreros, tersa la armadura,
En vuestra diestra el hierro destructor
A sus plantas rendidle; de ventura
Fúljida estrella el zénit alumbró.

Hosanna, hosanna al Dios de las alturas,
Hebreos, presurosos acudid,
Es Jesus, el profeta del desierto,
Es el hijo glorioso de David.

José Velazquez.

MODAS DE PARIS.



Traje de concierto.

Es el frac con talle largo, algo ancho, pero sin que sea flotante sobre el cuerpo y ciñendo al mismo con tanta mas perfeccion cuanto mejor se haya sacado el aplomo: un frac cuyo aplomo está perfectamente sacado, ciñe naturalmente al cuerpo, sin necesidad de nada y cualquiera que sea la posicion que se tome. El frac cuya descripcion estamos haciendo lleva el cuello en forma de V, la caja bastante baja; pero el nacimiento de los faldones no es tan ancho como algunos que hemos visto hace algun tiempo; por la misma razon las anglaises son menos anchas y es ciertamente una mejora, pues es menester convenir que se habian hecho los delanteros tan largos que no podian tener ya firmeza alguna; por otra parte cubrian hasta las sisas de las mangas. Este frac está cortado á muesca franca y de consiguiente forma un cartabon bien indicado: no lleva carteras en las caderas; los faldones no muy anchos bajan hasta las corvas, el forro es de seda; el cuello de paño y las vueltas no se doblan sino al nivel del segundo boton. Las mangas bastante anchas por arriba acaban en un puñito. El chaleco de valencias bordado, con talle largo y cubriendo las caderas; es de mucho gusto dejar siempre abierto el último boton. Esta hechura es la que está mas en boga.

Traje de mañana.

Este traje se compone de una pequeña levita cruzada que se puede cerrar hasta arriba. El cuello formando una V; el talle de esta levita es algo mas largo que el natural, y por consiguiente un poco arqueado; desde luego es preciso confesar que si eso toca á la escageracion; sin embargo dista aun mucho de poder considerarlo

como escagerado. El cuerpo y las faldas son ya algo anchos; las mangas no muy ajustadas y con puños, las faldas llegan casi hasta las rodillas. Esta clase de levita es tan cómoda que ha merecido el titulo de traje característico de la época. En efecto lo es del siglo, y no será fácil encontrar otro que lo reemplace. Debajo de esta levita se usa un chaleco en forma de chal variable, es decir que segun el caso se puede cerrar ó abrir como se quiera.

El pantalon guarda un medio entre ancho y estrecho, y se puede llevar sin travillas ó con ellas. Es sabido que con esa clase de pantalones suelen usar zapatos ó polaynas; no es ciertamente aristocrático, pero es en extremo comodo para personas que se ven en la necesidad de corretear mucho. Tal vez se nos dirá que estas modas no son sino vulgares, pero contestaremos que si no son muy fashionables, es preciso que demos á conocer tambien las modas propias del mayor número.

POESIA.

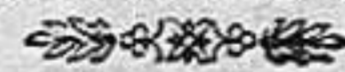
Dejad que llore con dolor terrible
La dura ausencia de mi bien querido,
Mostrando el alma su pesar horrible
Con tristes ayes, lúgubre jemido.

El sol no muestra toda su hermosura:
No canta el ruiseñor si estás ausente;
Marchita yace toda la natura,
Y marchita tambien está mi frente.

Si la hermosura buscas anhelante
Cercada la hallarás de inmensos bienes,
Pero si un corazon buscas amante
No te apartes de mi, que aquí le tienes.

Manuela Belmonte.

REMITIDO.



Solucion improvisada de la charada inserta en la Revista núm. 53.

Yo dije á mi cocinera,
Como tengo de costumbre,
Ponga V. el cazo á la lumbre
Que espero á una forastera.

Mujer rica y de talento
Elejiré por esposa,
No ambiciono yo otra cosa,
Asi viviré contento.

La mujer coqueta y necia,
Que solo piensa adularse
Con el rizo á cada instante.
Todo el mundo la desprecia.

Carrizo debe de ser
El todo de la charada.
Dime si está descifrada,
Pues lo deseo saber.

Antonio Maria Lopez y Ramajo.